

E. MIRET MAGDA LENA

L EEMOS en la prensa extranjera que en cuatro años el número de religiosas de diversas órdenes e institutos ha disminuido en un 25 por 100, aproximadamente. Y, principalmente, ha pasado esto en Estados Unidos y Canadá, donde la baja ha sido espectacular, alcanzando el 38,5 por 100 la disminución allí ocurrida.

A esto debemos unir el pequeño aumento que experimentan los católicos oficiales en el mundo entero, y que es bastante menor que el incremento medio de la población mundial, cosa llamativa, después de los triunfalistas años que habíamos vivido hasta ahora. Y, sobre todo, si miramos el número de católicos reales, convencidos practicantes, veremos que son cada vez más escasos. Así, llegaríamos a la conclusión de que la religión disminuye a ojos vistas dentro del catolicismo.

Y lo mismo aparece fuera de él, si echamos una ojeada por otras Iglesias y grupos religiosos establecidos, donde apreciamos una crisis semejante.

El resultado parece totalmente negativo, y, si hiciéramos una extrapolación de estos datos decrecientes, llegaríamos a pronosticar la pérdida de la religión en el mundo.

Sin embargo, hay un factor que no hemos tenido en cuenta: hemos identificado religión institucional y establecida con religión del hombre, y no deberíamos haberlo hecho.

Los datos de la crisis religiosa en el mundo actual tenemos que complementarlos con otros que son manifestación contraria a la antes señalada.

A Dom Helder Cámara, el "socialista" obispo brasileño, le escuchan por todo el mundo miles de personas, cosa insospechada para un obispo de tiempos aparentemente más religiosos, como eran los de antes. Recientemente, en Grenoble, se apiñaron más de 8.000 personas en un teatro de la ciudad para escucharle, y los oyentes eran, sobre todo, gente joven. Algo parecido, aunque con bastante menor categoría, le pasa al predicador americano Billy Graham.

En Taizé se concentran grandes masas juveniles en torno al monasterio calvinista que promueve al pastor Schütz y un puñado de bienintencionados protestantes que conviven con él. Largas caravanas de jóvenes suben a esta colina del Nordeste francés y allí acampan en tiendas de campaña, para hacer oración y cambiar impresiones y experiencias religiosas.

Este Año Santo —no valoro el modo de religiosidad tan discutible que lo ha promovido, sino el escueto hecho religioso— está concentrando cada miércoles en torno al Papa unas 50.000 personas; y los domingos, mucha mayor cantidad. Allí se dan cita personas de todas las naciones del mundo occidental, del Tercer Mundo y de los países socialistas. Su éxito numérico ha sido muy superior al Año Santo celebrado en 1950 en

tiempos de Pio XII, bajo unos auspicios religiosos mucho más favorables. Se calcula en cuatro millones las personas que irán a Roma este año, no por turismo, sino por afán religioso.

Si del cristianismo pasamos a otros campos religiosos, observamos el resurgir de la espiritualidad oriental en Europa y América; el boom del pentecostalismo entre todos los grupos cristianos; el aumento espectacular que anualmente experimentan los Testigos de Jehová, y tantos otros síntomas —más o menos criticables en su expresión— de un aumento de religiosidad fuera de los límites de las Iglesias tradicionales.

No hago ningún juicio de valor sobre estas manifestaciones, por las que muchas veces me siento poco inclinado, sino sólo compruebo que hay una religiosidad que brota nuevamente, sin notarse síntomas de crisis en ella, al menos en su estructura básica, aunque sí sufre crisis en la adscripción sumisa a

¿RELIGIOSIDAD O RELIGION?

los grupos que hasta ahora exigían una disciplina ciega y una adhesión total. El católico se siente libre para criticar, o para tener decisiones personales independientes del clero. El protestante no suele enarbolar ya la bandera seclaria que le predicaron muchas veces sus pastores como su esencial razón de ser. Los grupos orientales —al menos varios de ellos— no pretenden una pasividad de mal estilo, sino que se inspiran en el activo karma-yoga o en el eficaz budismo-zen.

Poco a poco, después del alza espectacular del "secularismo" que parecía invadirlo todo, surgen aquí y allá atisbos de religiosidad nueva, más o menos envueltos en envolturas discutibles. Cada vez cuentan menos, para superar las crisis de las Iglesias, los románticos o los fabricantes de fantásticas ideológicas, lo mismo que han fracasado los pronósticos escépticos ante el hecho religioso resurgente. El hombre autómatas y ficticiamente libre de hoy, empezamos a caer en la cuenta de que tiene que ser rápidamente sustituido, si no queremos perecer humanamente, por un hombre rehecho desde el interior, y que anide en él una llama de misticismo sano y renovador, sin maravillosismos sensibles; sino con el fuego de este impulso interno renovador que ayude a construir al hombre, a un hombre que no esté descoyuntado, sino integrado coherentemente en sí mismo. Hombre nuevo, que tenga la capaci-

dad de transformar la sociedad actual y resolver los graves problemas que aquejan al mundo, y que las ideologías puramente seculares difícilmente podrán resolver sin esta llamada íntima, pertinencia o no a una religión determinada.

Cada vez los católicos dan menos importancia a las cosas externamente espectaculares; y, en Roma, el único éxito de este Año Santo, tan criticable en su convocatoria, está en el giro práctico que ha tomado tan distinto del previsto, con reuniones de oración, encuentros fraternos y visita de multitud de jóvenes a las catacumbas de San Calixto. El secretario general del Comité Central del Año Santo ha comprobado —no sin cierta extrañeza— que todas las grandes previsiones de espectacularidad no han sido lo importante, y que lo decisivo han sido cuatro características de este Año Santo: 1) La interioridad superando todo triunfalismo externo; 2) El ecumenismo práctico de tantos protestantes y no-cristianos que vienen a Roma en este año; 3) Las reuniones juveniles por centenares en las catacumbas para rememorar el testimonio sencillo y auténtico de los primeros cristianos, y 4) El respeto de los comunistas italianos a esta nueva religiosidad popular, tan distinta de la triunfalista, y especialmente de los comunistas de Roma que han conseguido mayoría de puestos en las elecciones del 15 de junio último.

He de confesar que muchas veces no me siento cómodo, a pesar de todo, en medio de estas manifestaciones religiosas, a las que todavía les veo muchos aspectos dudosos. Pero no dudo de que, bajo su discutible cáscara, pretenden un impulso y una experiencia que ya no tienen los caracteres alienadores que antes poseían. Los límites del clericalismo y de la teocracia han sido traspasados, y estamos accediendo a una época a-clerical. Las recetas del moralismo religioso exteriorista, llenas de supersticiones o de frenos al desarrollo humano, han sido grandemente superadas, y el creyente se siente libre para vivir su experiencia, sin escuchar las palabras admonitorias de cualquier tiranía eclesial —dentro y fuera del catolicismo—. Ya no tiene fuerza pretender la salvación por medios mágicos y automáticos como compensación de los males de este mundo: se comprende ahora que la salvación está hecha por brazos humanos que se sienten amparados por esa "fuerza de nuestra fuerza", que es el nuevo Dios que descubren tales creyentes; salvación que debe empezar aquí, sin más espera, pretendiendo frutos tangibles en esta vida.

En una palabra: sea como sea, brota una nueva religiosidad sin la mordaza de las religiones que quieren dominar al hombre. Religiosidad que necesita sólo un mínimo de estructura, pero que nunca más ha de ser una religión que ahogue la religiosidad espontánea de aquellos seres humanos que con razón no se resignan a ser ovejas calladas y sumisas al palmetazo de cualquier dómine religioso. ■